

25.º domingo ordinario B

*Yo soy la salvación del pueblo – dice el Señor –.
Cuando me llamen desde el peligro,
yo les escucharé, y seré para siempre su Señor.
(Antífona de entrada)*



Primera lectura

Sabiduría 2,17-20

(Dijeron los malos): Acechemos al justo, que nos resulta incómodo: se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestra educación errada; declara que conoce a Dios y se da el nombre de hijo del Señor; es un reproche para nuestras ideas y sólo verlo da grima; lleva una vida distinta de los demás y su conducta es diferente; nos considera de mala ley y se aparta de nuestras sendas como si fueran impuras; declara dichoso el fin de los justos y se gloria de tener por padre a Dios. Veamos si sus palabras son verdaderas, comprobando el desenlace de su vida... Si es el justo hijo de Dios, lo auxiliará y lo librará del poder de sus enemigos; lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura, para comprobar su moderación y apreciar su paciencia; lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues dice que hay quien se ocupa de él.

Segunda lectura

Santiago 3,16 – 4,3

Hermanos y hermanas: Donde hay envidias y peleas, hay desorden y toda clase de males. La sabiduría que viene de arriba, ante todo es pura y, además, es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera. Los que procuran la paz están sembrando la paz; y su fruto es la justicia. ¿De dónde salen las luchas y los conflictos entre vosotros? ¿No es acaso de los deseos de placer que combaten en vuestro cuerpo? Codiciáis lo que no podéis tener; y acabáis asesinando. Ambicionáis algo y no podéis alcanzarlo; así que lucháis y peleáis. No lo alcanzáis, porque no lo pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, para derrocharlo en placeres.

En aquel tiempo instruía Jesús a sus discípulos. Les decía: – El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará.

Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaúm, y, una vez en casa, les preguntó: – ¿De qué discutíais por el camino?

Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: – Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: – El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.

Meditación

Este segundo anuncio de la pasión es más seco que el primero. Sin embargo, los discípulos continúan en su incapacidad de comprender, incapacidad que se expresaba a través de un cierto complejo de inferioridad y de temor, que les impedía pedirle a Jesús ulteriores aclaraciones. El evangelista dice expresamente que "tenían miedo", quizá porque eran conscientes de su propia ceguera. ¿Cómo se explica que los discípulos no entendieran?

El evangelista nos presenta el motivo profundo de su falta de "inteligencia". Los discípulos sabían que Jesús intentaba fundar una comunidad, cuyos elementos fundadores eran precisamente ellos. Pues bien, ya desde entonces empezaron a figurarse la organización de la nueva comunidad mesiánica. Pensar en la formación de la comunidad no era equivocado; y no era éste el motivo del reproche que Jesús les dirige. Ellos de lo que discutían era de la primacía en la comunidad. Jesús no niega que tenga que haber un "primero", pero quiere hacer saber a sus discípulos que en la nueva comunidad el primer puesto es el del servicio y de la humildad. Para ilustrar su enseñanza, Jesús toma un niño, lo estrecha entre sus brazos y lo pone en medio de ellos, diciendo: "El que en mi nombre acoge a uno de estos niños, es a mí a quien me acoge; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien me acoge, sino a aquél que me ha enviado".

Efectivamente, sobre los niños no se puede ejercer una autoridad que no sea la del servicio y de la humildad. Jesús mismo y el Padre se sienten representados por los niños. Pero los miembros de la comunidad tienen esta tarea específica: deben representar a Jesús y al Padre. Exigiendo que el "primero" sea servidor de todos, Jesús no impone a un hombre la sumisión a otro, ya que los miembros de la comunidad, a los que el "primero" tiene que servir, son representantes de Jesús y del Padre.

Seguir a Cristo es transformar, como él, el mundo no desde los puestos de mando, sino desde abajo. En la debilidad, en el servicio de los últimos puestos, está la fuerza del cristiano. Ahí no se dan la codicia y ambición, que terminan corrompiendo a los que se mueven en el poder. Con una conducta que no se ha dejado manchar puede el cristiano, como el justo del libro de la Sabiduría, reprender y reprochar aun sin palabras. No importa la aparente debilidad, que será afrentada y maltratada hasta la muerte. La Verdad sigue testificando más allá de la muerte, desde aquellos que creyeron en la debilidad todopoderosa.

Este es el motivo dialéctico de la eclesiología del NT: tendrá que haber una comunidad, una organización, incluso una autoridad; sin embargo, toda eclesiología que se contamina de los modelos civiles, ya sea convirtiéndose la iglesia en sociedad civil, ya sea oponiéndose a la existente como rival, se aparta de esta imagen esencial del NT.